

LOS ALMENDROS DE MALLORCA



EL INSTANTE MÁS PRIVILEGIADO DEL PAISAJE DE MALLORCA LLEGA CON EL MES DE ENERO, CUANDO LOS ALMENDROS EN FLOR SE CONVIERTEN EN UNA DE LAS IMÁGENES EPIFÁNICAS MÁS CONOCIDAS DE LA ISLA. POR LA NOCHE, SON UNA FOSFORESCENCIA IRISADA Y EL AIRE TIENE LA CALIDAD REMOTA E INDEFINIDA DEL MALVA-ROSA DE AQUELLAS FLORES.

VALENTÍ PUIG ESCRITOR

Las múltiples perspectivas de la isla de Mallorca se convierten en una verdadera antología del paisaje: en una hora –contaba un cronista– se pasa de la pantanosa marisma al llano cubierto de trigales, sombreados por el almendro; los olivos se alternan con la higuera, como un eco de los campos de Palestina; está el perfil de la alquería morisca, de alcabassa y esbeltas palmeras; están las huertas con espléndidos laureles, entre el llano y la montaña, entre vides y olivares, valles encantados y estrechas gargantas, está también la variedad de paisajes de costa –desde la playa suave a los acantilados abruptos que miran hacia la inmensidad del mar como desde una Thule postrera–. Tal vez el instante más privilegiado sea cuando llega el mes de enero y los almendros en flor se convierten en una de las imágenes epifánicas más conocidas de Mallorca.

Aun siendo un cultivo reciente, impulsado por la ochocentista Sociedad Económica de Amigos del País –de signo ilustrado– a causa de la filoxera, que devastó las vides, el almendro llegó a Mallorca a través de Grecia y las islas mediterráneas. Las antiguas fuentes hablan del almendro en la Mesopotamia

de cinco mil años antes de Cristo. En la actualidad, seis millones de almendros mallorquines –aunque ahora deban cambiarse por otros almendros más rentables– constituyen la tercera parte de la almendra recogida en España. Por la noche, florecidos en las calmas de enero, son una fosforescencia irisada y el aire tiene la calidad remota e indefinible del malva-rosa de aquellas flores.

En septiembre, restallan las cañas golpeando las ramas de los almendros, como un rito de la tierra, y de pronto la voz humana recupera la memoria de una cadencia ancestral y canta –ensimismada en los márgenes escalonados por la mano del hombre o junto a la solitaria carretera– como una mano que llega al corazón, cierta cadencia morisca. Las almendras caen en las repletas redes y todo regresa a una isla del pasado, intemporal y atávica siempre al límite de la supervivencia o de la muerte, con unos almendros viejos y de esquelético perfil.

Cuando florecen, en enero, las más de setenta especies transforman el paisaje seco en un esbelto tapiz floral. Es difícil hoy encontrar la mano de obra necesaria para la recogida de la almendra en

los meses de agosto y septiembre. El escritor y pintor Santiago Rusiñol describió el instante en que *la flor del almendro cae en la verdeante hierba y la hierba, que no tenía flores, utiliza las del almendro, e incluso la tierra se convierte en alfombra*; los campos, entonces, son una nevada; pero una nevada tibia, una nieve que vive y respira, una nieve que abraza los campos para que nazca en ellos la primavera. En cualquier caso, hasta el inicio del siglo diecinueve, el almendro tenía poca entidad en los campos mallorquines.

En 1784, un estudio encargado por la Sociedad Económica de Amigos del País incentivó la formación de viveros municipales y, desde entonces, la extensión del cultivo avanza de forma constante, iniciándose la exportación. Es el primer árbol que florece en la isla, cada año, y afirman que la almendra mallorquina es una de las más dulces y sabrosas. Es curioso que cuando el fraile mallorquín Juníper Serra fue a evangelizar California, sembró almendras mallorquinas que todavía florecen. Con perspicacia mediterránea, no sorprende tampoco que de la almendra mallorquina deriven repostería y heladería selectas. ■



© FRANCESC AMENGUAL